

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

Real Academia Española

EN LA PÚBLICA RECEPCIÓN

DEL SEÑOR

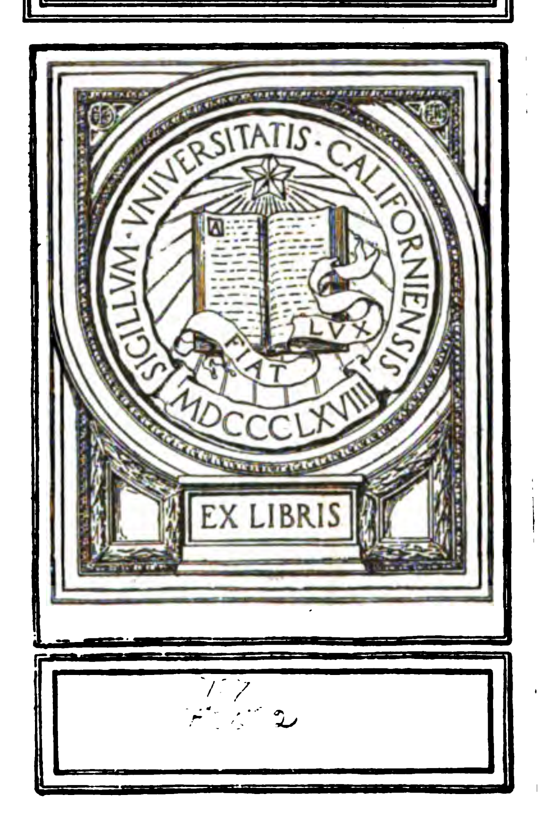
DON ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ

EL DIA 13 DE NOVIEMBRE DE 1898

MÁDRID

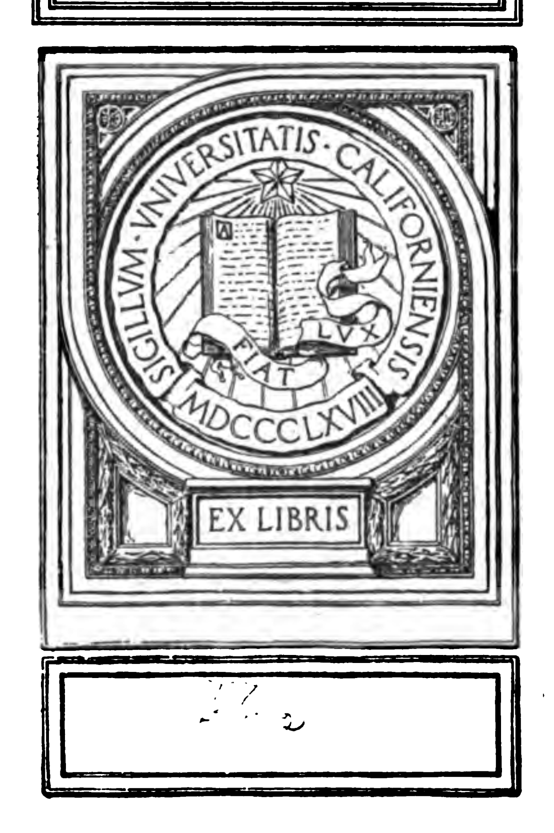
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE «EL LIBERAL»

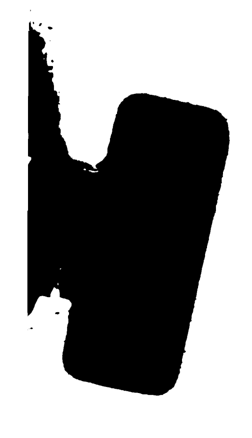
1898


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS






SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS





DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

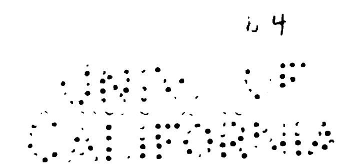
Real Academia Española

EN LA PÚBLICA RECEPCIÓN

DEL SEÑOR

DON ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ

EL DIA 13 DE NOVIEMBRE DE 1898



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE «EL LIBERAL»

1898

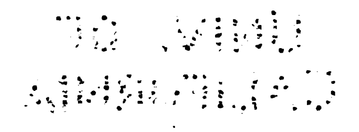
DISCURSO

DEL

SEÑOR DON ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ

Señores:

Reemplazo, en esta gloriosa Corporación, al orientalista D. Francisco García Ayuso, catedrático que fué del Instituto de San Isidro; hombre versado en letras antiguas y modernas, nacido á ser maestro, muerto en indiscutible reputación de sabio. Las coronas de flores y las palmas de oro, las exequias aparatosas, son para los poetas y literatos; el ciprés y el roble, los solitarios responsos, para los que han encanecido reclinando su cabeza sobre los pupitres de las bibliotecas; pero, aquí, en esta morada de varones ilustres, que ponen á la Verdad sobre todas las deidades, por ser la más noble de todas ellas, tribútase á la Inspiración y al Estudio igual homenaje de cariño y respeto. Mayor hubiese parecido vuestro duelo si hubiéseis elegido, en esta ocasión, á otra notoriedad de la sabiduría, y no á un fabricador de literatura ligera como yo: vuestra bene-



volencia lo ha dispuesto de otro modo. Sirva mi elección, por contraste, para mayor resplandor de la gloria del inolvidable catedrático, y sirva también para ruborosa confusión de mi humildad y para eterno agradecimiento mío.

Es deber y costumbre de los académicos, al posesionarse de estos sillones, demostrar la propia suficiencia en un discurso que resulte lección de sabio; yo no puedo cumplir con tan difícil precepto. Yo soy aquí uno más del público; uno elegido de entre sus hileras para llevar su voz y significar sus aficiones y sus juicios. Si yo me presentase á vosotros vestido con la levita del rebuscador de letras antiguas, ó cubierto con la hopalanda del gramático, presentaríame con un disfraz... Será preciso que me permitáis ser ahora lo que únicamente he sido: un improvisador de crónicas y cuentos, á quien sólo le fué encargado *el suceso del día;* que no es libro, que no es discurso, ni página selecta; sino que es, y debe de ser, *conversación* ligera, que brilla y pasa para no volver jamás, ni ser recordada!... Por otra parte, mis méritos no son de escritor, sino de apóstol. Venido á la prensa poco antes de la Revolución de Septiembre, con más aficiones literarias que políticas, pareció-

me injusto el exclusivismo de los periódicos... La literatura de ellos era para ellos solo; moderada, progresista, carlista ó republicana. Era literatura de grupo para lectores de partido. Mas como quiera que la Revolución tuviese un órgano eficacísimo, y yo, en él—por la bondad de su fundador—grande influencia, *El Imparcial* inauguró en sus Hojas literarias semanales el movimiento independiente que ha popularizado á los más contrapuestos autores. Aquellos *Lunes* dieron principio con un artículo del favorito de las tertulias, D. José de Castro y Serrano, compañero vuestro que fué, convencido *retrógrado.* Esta reforma se impuso: todos los diarios quisieron tener *Hojas*; difundióse el gusto; entró en todas las casas, por debajo de la puerta, varia y libre lectura, y hoy es imposible sostener un periódico sin el adorno de las letras; con sólo la política. No me atribuyo exclusivamente un resultado tan útil para la cultura nacional; pero he contribuído á él con la labor de toda mi vida... ¡Si vosotros, al honrarme con vuestros sufragios, quisísteis recompensar mi propósito y mi constancia, una vez más, del más rendido modo, elevo á vuestra dignación el homenaje de mi gratitud!

Y ahora, como soy periodista, discurriré sobre *la Literatura de la Prensa*, evitando un estudio serio de este difícil asunto; porque la índole de mi profesión y de mi genio no lo consiente. Haré, pues, una larga crónica, no un breve discurso.

Ser periodista es serlo todo y no ser nada. Para ser periodista no se necesita en realidad más que un rimero de papel y una caja de plumas. Después, hablar como persona civilizada y participar de las pasiones, de los errores y de las virtudes de todo el mundo. El vocablo exquisito, la colocación sabia de las palabras, la percepción de la belleza, el arte de los efectos no se improvisan.— De todos modos, ni aun ducho ya el periodista en las habilidades del oficio podrá escribir como maestro; no se le pide que escriba bien; se le advierte que escriba pronto.

A este ejercicio atropellado del pensamiento y de la palabra, á este *sport* literario llegué yo—permitidme este recuerdo personal—cargado de libros viejos; que fueron los que más fácilmente, cuando niño, se me vinieron á las manos; pero bien pronto hube de renunciar al oro cárdeno y al marfil dorado de la prosa de nuestros abuelos, y aprender que el periodismo es realidad, es acción, es

vida; germinación súbita, desplegamiento de ideas innumeradas, entre luz y entre impureza. Yo entraba en la redacción vestido de trusa y sombrerete, como un hidalgo de los tiempos de Felipe II, y encontraba alli escritores con la *americana* del burgués y hasta con la blusa del obrero. No vacilé, sin embargo; me arrojé, en la vida, en la prosa modernas. Procuré desenvolverme del ropón de bordado terciopelo de mis autores y de su morrión de joyeles y plumas para circular más fácilmente con telas sencillas, de esas que se ciñen como otra piel al cuerpo; para andar al estilo de la breve, rápida y tornasolada lengua francesa.— Tengo, sin embargo, á dicha, no haber conseguido del todo este propósito: ¡aquel aroma del primer licor generoso que se vertió en los odres percíbese en el vino de ogaño, y los zapatos del cazador de monte huelen siempre á romero!

El periodista suele llegar al trabajo sin el estudio de los autores antiguos; tiene tiempo de ir formándose y nutriéndose; pero yo digo que si ha llegado sin el maletín de cuero, cosido en arabescos, del siglo de oro, podrá entrar en las Cámaras y en los Ministerios, no en las tertulias de los sabios en letras. Y, es más; no alcanzará el dictado

de periodista insigne; porque las ideas de la Política son muchedumbre de diosas y esclavas igualmente prostituídas; que sólo tienen la virtualidad y la hermosura que les da quien las elige y las llama. Los *efectos* en el periodismo están reservados á los literatos; y, no es la Verdad, no es la Razón, quien derriba gobiernos, quien instituye dictaduras, quien agita las muchedumbres, quien obscurece ó ilumina las conciencias; lo es una pluma... ¡Una pluma; creadora de palabras que nos conmueven, que nos deslumbran, que nos inflaman! ¡Sólo el literato es *efectista;* sólo él puede ser *sensacional!* —Y, no es posible ser literato sin conocer por sus nombres, las suavidades, las energías, las astucias y los misterios de la lengua.—No hay actor ni hay escritor sin guardarropa histórico; porque no hay poder sin músculos y sin sangre; porque no le hay sin asimilación, sin autoridad, sin respeto. Y, es más noble que quien lo es quien lo parece. Y, más nos dice quien evoca nuestros recuerdos que quien nos aprende cosas nuevas; y, no hay árbol que dé mejor sombra que el de nuestro huerto, ni pájaros que canten como los de ese árbol!... Quiero decir, que las palabras castizas llevan, en sí propias, iras y lágrimas que no tie-

nen las allegadas y sin contraste; pues no sólo son lo que son sino lo que fueron y el haber sido les da fisonomía familiar y grata. La lengua es la patria; toda ella y más que ella también! ¡Ha perdido España millones de leguas y millones de hijos; pero al perder esto no lo ha perdido del todo! ¡Ha conservado *el alma de América*, y bajo la palmera que se abre en abanico y bajo el plátano que deja colgar su fruto en racimos de esmeraldas y topacios, sonarán eternamente nuestras pasiones en los *tangos* y las *guajiras!* Y si el *yankee* quiere ingertar en las gargantas de los que fueron españoles lenguas inglesas, las voces castellanas murmurarán aún en los corazones. Y, en el rincon florecido de los bosques, formadas las familias en corro, se abrirán cátedras de prosa de Cervantes y de versos de Zorrilla. Aún, en las viejas capitales de Europa—en los palacios maravillosos y en los zaquizamíes, llenos de harapos, de los judíos—manos trémulas por la emoción abren las páginas de nuestros más nobles prosistas y en ellas creen oír los últimos angustiosos acentos de sus mayores! La lengua es útil de trabajo y arma de combate; frontera espiritual que no se conquista; madre, esposa, hija nuestra. !Sobre todo el haz de la tie-

rra—como el color de la piel en lo natural y la Religión en lo divino—ella une ó separa los hombres; ama ó aborrece; perdona ó mata! ¡Las guerras son palabras contra palabras: impone las suyas el vencedor, pierde las propias el vencido; y, esas cátedras de francés, de inglés, de alemán que van reemplazando en las Universidades de las naciones sin vigor y sin fortuna á las de griego, latín, italiano y español son cátedras de tristeza; porque lo son de servidumbre! ¡La lengua, es, en fin, el amor más seguro que tenemos; puesto que ella nos acompaña como servidor y amigo desde el nacer, y aún nos perpetúa, después de muertos, con breves signos, sobre una lápida!

¡Si el culto de la lengua patria debe de ser acto de verdad y de honor para todos, más debe de serlo para los que, como los literatos y los periodistas, vivimos de ella! No he deplorado yo, pues—no lo deploraré jamás—aquel primer período en que me entregué á una lectura insaciable de libros de feria, unas veces poco desbrozada, otras excesivamente pasada por alambique; ni el haber dado preferencia entonces sobre los gramáticos breves y secos á los vanidosos del estilo que, á manera del caracol, cargaban las espaldas

de sus leves ideas con sendos alcázares! Eran escritores llenos de defectos; pero de defectos de nuestra raza. Ahora, después de años y años de trabajo periodístico — faena en la cual se desgasta ó disuelve toda materia primitiva—he venido á inferir que la primera condición del periodista es tener metido el castellano en la médula de los huesos. Precisamente... ¡porque la lengua ha dejado el arnés y el sayal y aun la levita, y viste—como he dicho—de americana y blusa!— ¡Ah! ¡por muy castizos, por muy rancios, por muy góticos que sean los autores amados del periodista, ya le trastocará su vocabulario y su sintáxis el traqueteo inquietador de las *rotativas*, himno triunfal de otros pueblos que hablan otros idiomas!

Y como el recordar es tan grato, y vuestra bondad tan fácil, permitidme otro recuerdo de la historia literatesca de mi niñez, que pudiera encerrar lección provechosa. Mis primeros vuelos fueron de águila; yo rompí con odas, elegías, sonetos y madrigales: hice versos, y no sólo los hice, sino que también los creí buenos, y se los leí á los amigos. Llegado á mejor uso de razón, plegué las alas; pero no había perdido el tiempo... Es hacer versos la mejor preparación para hacer prosa.

Hacer versos sirve para todo, menos para ser poeta. Ser poeta, es pensar en verso: versificar es cortar con guillotina la prosa. Las dotes más estimadas en el periodista son la concisión y el agrado, y la versificación, por lo tanto, debe de serle recomendada al neófito como un solfeo, como un deporte de la prosa. Casi todos los prosistas buenos han hecho versos.—Los habéis hecho, seguramente, vosotros.—Pide velos la *actualidad;* estudio preferente del periodista, como el acíbar pide plata. El escritor de las hojas diarias lo primero que debe saber es saber *contar*. En un siglo cuya fórmula social es tal vez de justicia, pero tal vez de rencor: «¡Igualdad de bienes y placeres. Todos trabajadores ó todos vagos!» lo que necesita la *masa* en el viaje de sus esperanzas y de sus delirios es un itinerario y un compañero alegre. Nuestro siglo es siglo de curiosidad, sana é insana; de curiosidad insaciable, siempre impaciente. Todavía en vísperas de la Revolución se disertaba de Dios y de los hombres, de silla á silla; hoy ya no se discute; y hasta las sillas están de más, porque se habla y se lee y se escribe de pie: nadie se sienta. Hay, pues, que sintetizarlo todo, pero avivarlo también; porque la masa, como los indios de Colón, enloquece por

lo que reluce; y este toque de encantamiento se adquiere, en mucho, versificando; tarea de jardinero y de esmaltador. El verso dá justeza y gusto y acentos musicales. El verso no sólo ciñe, sino que engarza. El verso es un tisú, y tiene, por tanto, los hilos mágicos con que debe tejerse la literatura periodística: los hilos del color y de la luz. Color y luz se pide hoy, sobre todo, al escritor de cuentos y de crónicas, y hasta en la información de los grandes sucesos. ¡Cómo no, si estamos en el siglo de la reinvención del día, de la luz eléctrica! La luz y el color son las sirenas de la vista. Donde hay color y luz hay público. ¡Mariposas somos que vamos allá donde las lámparas arden, donde la pólvora traza sus dibujos de piedras preciosas, donde el incendio sube con esplendorosa cimera! ¡Allí acudimos, maquinalmente, en rebaños! ¡Bien lo sabe el mercader que llena su falso comercio de candelabros y lucernas, y recibe á sus clientes, como un genio de Golconda, en una gruta de diamantes! Y lo que pasa en el mundo físico pasa en el espiritual. El lector ama las palabras que chispean; las frases cálidas, las páginas luminosas, el lenguaje batido en el yunque cuando está hecho áscua. La luz es, y

concluyo, aspiración de las almas y pasión de los ojos. ¡Luz, dice el moribundo al entrar en sombra eterna! ¡Luz, exclamaba Goëthe al entrar en la inmortalidad! ¡Luz, sí, pide el público al literato, al escritor, al periodista!... ¡Que la falta de luz, en los mundos del espíritu, como en la Naturaleza, confunde y repugna! ¡Se llama á la puerta de la vida porque resplandece; á la puerta de la Muerte, que está en tiniebla, no se llama! Por fortuna, casi todos los estudiantes—primera forma evolucionaria del periodista—han metido más versos que prontuarios en sus faltriqueras, y á eso debemos el ser la nación más retórica. Se ha dicho que la poesía está llamada á desaparecer; no desaparecerá: porque es de esencia divina, y, como Dios, *está en todas partes*. Ni siquiera, como he querido demostrar, desaparecerá el verso: le necesitamos, más aún que los poetas, los prosistas.

Haber cultivado la versificación le será conveniente al periodista, pero no se le exige: lo que sí le piden todos es una perfección que no está en su organismo espiritual ni moral. Se le pide que sea mejor que nadie; y más sabio, y más sutil, y más desligado de los intereses que todo el mundo. Y opinión pronta y justa en todas las cosas;

y que viviendo de la *masa*, es decir, según la frase de San Agustín, en el imperio de la fuerza brutal y del instinto desencadenados, conserve la serenidad y pese en balanza y corte á medida el pan cuotidiano que expende en las calles y que distribuye á domicilio.—Este tipo deseable de periodista me recuerda cierta deliciosa correspondencia cruzada entre dos ilustres damas. Pedíale una de ellas á otra, su amiga, le buscase para un su hijo, un ayo jóven; agradable de rostro y maneras, conversación y ropa; buen cristiano, y honrado, y justo y benéfico; como los constitucionales del año doce. Y respondió: ¡Quedo en buscarle; pero si le encuentro me dispensarás no te le envíe, porque me casaré con él en seguida! Séres con las cualidades que en el periodista desean los lectores, no son de este mundo. Y ha venido á resultar que, no pudiendo ser el mejor, en el concepto público parezca el peor. El periodista no es más bueno ni más malo que su tiempo, ni que sus conciudadanos; por más que se diga, él no ha hecho el siglo; es el siglo quien le ha hecho á él. Lo que hay es que la letra de imprenta grita más que una garganta, y hace más sangre que un puñal; que el periodista mete la reticencia injuriosa, la frase obscena, el co-

mentario irreligioso en máquinas de 30.000 ejemplares por hora; y la injuria, y la frase, y el comentario procrean infinitamente; y son turbión, nube, plaga. El periodista es una figura en cien mil espejos; un cuerpo con cien mil sombras; una persona que se desdobla en cien mil. Sus tendencias en literatura, en arte, respecto de los hombres y de las cosas, vuelan muy altas sobre el mundo intelectual de la inmensa mayoría de sus lectores, aquí, donde el saber leer es ya una aristocracia. Y, estas tendencias, si de algo pecan, es de ser sobrado espirituales; entendiendo por esto únicamente ser muy modernas..... El periodista es hombre nuevo, buscador de novedades, cree en la novedad; y, en cada cuartilla nos hace una revelación y en cada temporada descubre un genio. El autor, el libro, el cuadro, el cómico, la *prima-donna* del día, eso es lo bueno para él: como ellos no existieron otros, nunca jamás. Sus artículos, sus cuentos, sus crónicas, sus críticas, no son el alimento que corresponde al vientre de las multitudes y el que ellas desean y piden; y puede decirse de los periódicos que sirven platos más delicados que el paladar..... ¡Bien lo sabéis vosotros; pues en los números de gala que imprime su noble vanidad, figuráis no

pocas veces, y esparcís por toda España joyas y flores! Las tendencias del redactor literario al uso, son avanzadísimas: ya no es burgués, sino *anárquista*. Tanto es así, que yo soy un periodista viejo, no sólo por mis años, sino por mis ideas..... Dentro de la literatura periodística soy un solitario. Ni me asombra Zola, ni me conturba Ysben, ni me ciegan los fulgores de otras últimas constelaciones.—Ni, cuando escribo, me pierdo en consideraciones retóricas sobre la moral en el arte ni sobre el arte por sí mismo; temas favoritos de los críticos modernos..... Literariamente para mí la novedad es el pasado: mi moral es no tenerla; lo que á mí me gusta me parece siempre moral—Y, respecto de los *moldes nuevos*... ¡Los moldes nuevos se suelen comprar en el Rastro y los asuntos *fin de siglo* son oro antiguo que se platea! Dafnis y Cloe andan por ahí, en las ediciones de tres francos cincuenta, con zapatos de jugar al *tennis*, el uno; y con sombrero *Niniche*, la otra. Ofelia ha tomado ya más chocolates en el Retiro que deshojó flores en su jardín de Dinamarca; y Hamlet reaparece en todas las naciones civilizadas, á fines de invierno, con una regularidad digna de un recaudador de contribuciones. Esto

en la *alta novela;* lectura de damas que cortan las hojas con el *impertinente* y de intelectuales de *club*, que las rasgan alzando el pie y metiendo la bota; pues si considero la de folletín, ó popular, prefiero á la epopeya del agente de policía y al millonario hecho Dios, aquellos otros delirios que se llaman, por ejemplo, *Los Mosqueteros;* donde la gente se riza los bigotes con la espada y puntúa las misivas á pistoletazos; pero que son libros de sinceridad; disparates *vividos,* como ahora se dice; y en los cuales hay ambiente de juventud, virilidad épica; ímpetu de vida. ¡Más me agrada soñar con caballeros de la Tabla Redonda, que roncar con *golfos* ó *ratas!* Para mí, en literatura, sólo hay que hacer dos cosas: hacer bien lo que está mal hecho y hacer mejor lo que está hecho bien. Como veis mi espíritu no es el espíritu del periodismo corriente. Más aunque fuesen indiscutibles estas afirmaciones mías no le deberían ser dichas al público, que vive de ilusiones y de esperanzas y que necesita diariamente refrescar su cerebro y su corazón. Habría que cerrar las librerías: habría que fundar asilos para los novelistas y poetas. Los *nuevos moldes,* las nuevas escuelas, cumplen, despues de todo, una mi-

sión, continúan la vida material de sus inventores y prosélitos y la vía láctea del pensamiento.—«A estas píldoras las llamo *patrióticas,* decía el farmacéutico, para su más fácil despacho.» Y á ciertas obras se las rotula *naturalistas*, para que pueda creerlas apoteosis de la civilización el buen burgués. No es esto decir que nada quedará de los millones de libros arrojados por las prensas y elogiados por los periódicos. Tal vez quede alguna obra. ¡Alguna que nosotros habremos leído sin enterarnos de ella!

¡Algo que quede! Este es el sueño, el ideal, la gloria del literato; y, por desgracia, el desconsuelo del periodista. Los libros van á las bibliotecas; los periódicos á las tiendas de ultramarinos. Transfórmanse en cucuruchos las más ingeniosas improvisaciones del redactor de hojas públicas, y luego van al montón de la calle, al cesto del trapero y al cementerio de los harapos: todo apenas en veinticuatro horas. Bien mirado, novelistas, dramáticos, poetas... corren igual suerte. Nada perdura: todo pasa. ¡Han sido agotados mares de tinta en dibujar tipos, en describir costumbres, en personificar ideas, en crear perfeccionados mundos... y la tinta que aún permanece húmeda sobre

el papel cabrá en un mediano tintero! De nuestro gran teatro no ha quedado, tal vez, para el espectador exigente, y no literato, más que una obra de acentuación y espíritu modernos: *El Alcalde de Zalamea.* Otras vemos representadas, de otros hidalgos de la Poesía; pero no indiscutidas, y el público las ve y oye con atención tan inquieta, que no resiste ni al aire de los abanicos. *El Alcalde de Zalamea* fué un aleteo del genio de Calderón, en el cual salvó de un arranque tres siglos del porvenir. Yo he visto representar este drama, hace muchos años, en función inaugural de temporada, de tal modo, que no hay estrella de mayor fulgor en el cielo de mis recuerdos. Yo he visto un *Pedro Crespo,* que se llamaba Valero; un *Don Lope de Figueroa,* nombrado Julián Romea, y una *Isabel* dicha, por excelente decir, *La Teodora.* Y, los demás actores eran de este fuste—en la relación jerárquica de sus papeles—eran Mariano Fernández, gracioso noble cuando él quería; y la Hijosa y Zamora y Morales. ¡Brillen aquí sus nombres, por esto solo, como de actores eximios! Y, en la novela, ¿cuáles tenemos que se hayan impuesto á todos los siglos y á todos los gustos? ¡La del manco ilustre! Y las obras *que quedan* no solo son escasas,

sino que sus autores no pudieron anticiparse, para ellos mismos, el goce de la inmortalidad deseada. Acaso Calderon, en su *Alcalde*, pensó no más que en protestar contra las demasías de aquellos tercios del Rey Católico, de los cuales decía Melo: «Que eran azote de los lugares, violentando las leyes del agasajo; que hasta osaban á desmentir la misma cortesía de la Naturaleza y fulminaban ferozmente contra la honra del que los sustentaba y servía»; y no pudo imaginar que alzaba un himno profético; un canto á la dignidad del hombre, al respeto de la mujer, á la personalidad humana! Y, acaso Cervantes, en las aventuras de su héroe de lanza en astillero, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza, quiso escribir únicamente algunas páginas de entretenimiento y agotar los caudales de la risa. ¡La voluntad, hembra es; pero no es fecunda si no se desposa con ese misterioso ser que se llama el acierto! La Naturaleza produce en lc obscuro. ¿Es que quiere producir, ni sabe qué produce el diamante?—«La inspiración es el trabajo», ha dicho no sé quién... ¡Trabajemos, pues, todos; trabajemos siempre! ¡Abramos surcos y arrojemos semillas!... A lo mejor sobre las espigas del

centeno descuella, luminosa, extrañísima flor!

Ni concluye aquí la tristeza del periodista, ni ésta es la única despedida que debe de dar á cuanto él crea y *confecciona*. Porque, al fin, el poeta, el literato, el sabio, el ignorante, si escriben ó imprimen, lo que escriban ó impriman será suyo y representará para ellos, no solo reputación, sino dinero. No así el trabajo del periodista: es de todos. El lo da, otros lo utilizan, lo reproducen — y, tal vez lo firman y lo venden.—No le amparan todavía las leyes.—En los Congresos de la prensa se ha tratado de este asunto y se ha propuesto algo. La propiedad intelectual ha sido desconocida primero y ha parecido luego discutible. Las letras, se dijo, son una religión y los literatos sus sacerdotes. Todavía se cree por alguno que no se debiera cobrar ni los poemas ni las misas. ¡Afirmación gallarda y diabólica, gran receta contra los poetas y los curas! No falta bohemio de café que se arroje y diga levantando su copa de *coñac:* «¡Nosotros somos astros y nuestra luz debe esparcirse como la del sol! ¡Nuestra profesión, por ser tan gloriosa, nos impone sacrificios; como se los impone al militar la disciplina y la Iglesia al clérigo y al fraile; que no pueden amar con amor de hombres! ¡Mi-

serable escritor el que va contando los perros grandes, ó las pesetas, ó los duros que le valdrán las líneas de su prosa! Que no podáis decir, de un poeta:—¡Es el mejor... *porque es el más caro!* ¡El genio preferirá siempre ser Cervantes á ser Rostchild!» Bien dicho está; pero mejor sería fundir con Rostchild y Cervantes una sola figura. Esto desea la justicia del siglo: y, á la verdad, que los versos de Víctor Hugo no sonaban menos bien en los oídos de los franceses, porque cada una de sus letras representase un luis y cada estrofa un billete de Banco. Dos de las pocas obras que han resistido á la crítica y revivido en las generaciones, *Gil Blas* y *Manon Lescaut,* fueron escritas por encargo del librero. Y Walter Scott y Lamartine han encontrado inspiraciones, no ya en la esperanza de una fortuna, sino ante los paquetes de pagarés de sus despilfarros. El hambre es aconsejadora del trabajo y madre fecunda por esto; mas sus hijos suelen ser raquíticos... El *Quijote* no hubiera perdido nada aunque Cervantes, que, según Narciso Serra, *no cenaba,* hubiese cenado. Desde que Alfonso Karr formuló su célebre frase: «La propiedad intelectual es una propiedad», las letras han querido ser *burguesas* y lo han sido. Y en este camino

marcha el mundo tan deprisa, que puede venir el mal por el exceso del bien... Ultimamente se ha visto en París un pleito muy curioso: ¡Érase un cantador de cafe; pero cantor de canciones siniestras, terribles; canciones de mendigos, de bandidos, de infanticidas, de sepultureros! ¡Los concurrentes tomaban su café ó su *aperitivo,* saltándoseles los ojos de las órbitas y con los pelos de punta! Ya sabéis que en París hay gente y hay dinero para todo: nuestro cantador se hizo rico y se retiró: hoy vive en un *hotel* precioso, donde sólo canta la paz, el amor y la alegría. Pero no es esto lo interesante... El cantor parisiense, artista en todo, modulaba su voz lúgubre bajo un sombrero negro de anchísimas alas y pluma de cuervo; dentro de una blusa de verde pana y sobre amplio bombacho y botas de mosquetero. Roja banda de seda completaba este traje, dibujado, al parecer, por el espíritu de Dumas. Dejó, pues, el café; pero no faltaron allí por eso las canciones de la Miseria y del Crimen y de la Muerte... ¡Vino otro *excéntrico!* A la primera canción ya le había llevado el del fieltro y los bombachos á los tribunales. Fué juzgado y condenado. ¡Se había permitido cantar con un sombrero tan inconmensurable como el de la plu-

ma de cuervo y con otros idénticos calzones, y con la misma blusa y con la misma roja banda sobre ella! Los jueces de París decretaron que la figura escénica de un *clown* más ó menos cantante, es tan de su propiedad como la propia suya. El segundo trovador ingresó en la cárcel por usurpación de figurín acreditado... Debemos confiar en que los escritores llegaremos á merecer igual edicto y que serán penados la imitación de estilo, la reminiscencia y el plagio.—Compréndese, ya escritas estas palabras, lo complejo de la propiedad literaria. Y no diré más; aunque el *plagio* pudiera ser materia de amplia disertación.—Es el plagio, en el literato, delito vergonzoso; en el periodista, excusable: aquél elabora; éste escribe al minuto. Y es de advertir que el plagio no da vida, mata; porque, en las letras, hay que soldar el oro con el oro y servir el vino ajeno en copa de Venecia. ¡Ni se han visto Desdémonas con percal, ni la maza de Hércules puede servirles de caballo á los chiquillos! ¡Es inútil robar la diadema de Shakespeare si no se tiene su frente; que de su frente sale el resplandor y no de la corona! De todos modos, bueno fuera castigar por irreverentes á los que asalten

y desnuden al Genio. ¡Quién robe su capuchón al Dante que lo lleve en el *Abanico*!

¡Ya nos contentaríamos los periodistas españoles sólo con que se declarase propiedad intelectual la más intelectual de todas, la de nuestros pensamientos! —¡La de nuestros pensamientos; desde que nacen en nuestro cerebro, y caen sobre las cuartillas, por los puntos de la pluma, en gotas de tinta y forman signos mágicos!... ¿Cómo confiar en que sea un hecho la propiedad intelectual para nosotros, si todavía está en disputa nuestro derecho á crearla?—No quiero hacer política; ni ésta es su morada, ni la ocasión; pero sí diré que la libertad de pensar y de escribir es el fundamento del progreso humano y la gloria de los siglos modernos, y que más la necesitan aún los Gobiernos que nosotros; por que esa libertad es la paz y su destierro la guerra... En estos tres difíciles años los periódicos han sido anchos respiraderos de las pasiones. ¡Así lo comprendió vuestro compañero ilustre D. Antonio Cánovas del Castillo, leal adversario de la Revolución, en la forma, que no en el espíritu; hombre dichoso por sus talentos y su posición, y más todavía, en no haber presenciado la espantosa ca-

tástrofe!... No hay Revoluciones de sangre cuando pueden hacerse con la tinta. Oid:—Hay, no lejos del Golfo Pérsico, un alto monte que no tiene nombre ahora; pero que fué llamado ***Monte-Silencio***, porque daba en él la Naturaleza la más extraña muestra de su misterioso poder: y era el caso, sabido de propia experiencia por los convecinos, y dudado con razón por los demás pueblos de la Tierra, que al llegar á la corona de jardines y bosques de su falda, en ninguna ocasión, ni de día ni de noche, jamás en él se oyó nada; porque los hombres y las mujeres y los niños perdían la voz; y el viento y las aves y cuanto tenía lengua ó canto ó murmullo le perdía también... Así es, que allí se recogían los cansados del bullicio de las ciudades y los que vivían de trabajos que necesitan abstracción. Había palacios de misántropos y chozas y grutas de anacoretas; pero, sobre todo, había población innumerable de oradores políticos; porque era lugar de castigo y destierro; porque los ministros de los reyes que reinaban enviaban allí á los murmuradores. Así, en todo el reino hubo jamás protesta viva: todas morían al entrar en aquel monte *que no hablaba*. Y la fiesta grande de los ministros era llegarse á él y complacerse algunas

horas en aquel silencio profundo y sobrenatural; pero un día la redondez del monte se abrió por todas partes como un rodal que se desgarra, y por cada girón salió una corriente hirviente y bramadora, y de la cúspide se alzó un penacho rojizo y detonador que cubrió todo el reino de humo, ceniza y llamas. ¡Monte-Silencio era volcán...! Y ¡era volcán, *porque había callado mucho!*—Por la libertad se ha pacificado España en el largo período de la Restauración y por ella quedaron desiertos los *clubs* de conspiradores. ¡Y las Colonias se han perdido porque la Libertad dudó: como la Galatea del poeta llegó hasta el mar, mojó el pie, sintió frío y le retiró estremecida!...

Malos días son estos para los diarios y los redactores de ellos. En la bancarrota universal aparecen, más que otro alguno, responsables. Su culpa fué, sin embargo, la de todos. Cuantos lectores suyos hay en España son sus lectores, no por mejorar de juicio, sino por recrearse viendo sobre el papel, impreso con mayor elocuencia, su propio sentir: que el público sólo ama su opinión, y sólo á ella escucha y favorece, y de cualquiera otra murmura y se aparta: de donde viene á resultar que para un Diario combatir las preocupaciones y afrontar la

masa, es decrecer en recursos, y morir. El periodismo no posee hoy los corazones, y es sospechoso á los ojos. Esto dificultará su tarea futura. Pero sabrá cumplir sin duda, y de todas maneras, su misión, y entrará con fe y desinterés en la obra colosal de nuestro renacimiento, ¿Cuál misión más noble? ¡Gran tristeza sería que no respondiese á ella! Y, sí puede; que la *masa* desconfía ya de sí propia, cruelmente aleccionada y atenderá con serenidad á sus aconsejadores. ¡Alcese la prensa, y alce á la opinión; hoy tiene los medios que antes le negaron, el egoismo, la rutina y la ignorancia! Y, pues, con apólogos y recuerdos he decorado ya mis afirmaciones, permitidme colocar otro adorno en este sitio: — Frecuentaba yo una tertulia de familias respetables, en la cual, como es uso, se hablaba de todo: sucesos, arte, literatura, diversiones y política: gente de ilustración; murmuradora sin hiel y alegre sin carcajadas: mucha corrección siempre y, en ocasiones, té y chocolate, bizcochos y emparedados. Entre los concurrentes figuraba un señor gordifloncillo, rubio y simpático que no abría la boca sino es para decir breves palabras; unas mismas siempre; que siempre eran también el mismo comentario. Refe-

ríase allí; por ejemplo, un rasgo heróico que había quedado sin recompensa; y él decía:—¡Ya lo recompensará, cuando venga, *Crevillén!*: hablábase de los destrozos causados por una inundación en cualquier pueblo, y de la imposibilidad de socorrer tantas desgracias y miseria, y decía igualmente: —¡Ya las remediará *Crevillén*, cuando venga! Y así en todo; malos gobiernos, prevaricación de jueces y empleados, explotación del huérfano, vilipendio de la virtud, lances del matonismo, delitos sin delincuente probado, asesinos libres de pena por la fuga ó el indulto!.....—Ya podían el mal y la fatalidad discurrir conflictos y ejecutarlos y escandalizar y envilecer la sociedad con ellos; nuestro tertuliano, imperturbable, colocaba su frasecita: Señores, confiad en *Crevillén;* ¡él vendrá y arreglará eso! Y aquí el reirse todos y pasar á otra cosa. A la segunda noche que le oí repetir tan raro estribillo no pude contener la curiosidad y le dije:—Pero ¿quién es y cuándo vendrá ese *Crevillén*, señor mío? Y entonces él alzó los ojos, me miró á través de sus gafas de oro con irónica tristeza, y contestó: *¡Crevillén* es un hombre que no existe... *y que hace mucha falta!* Y yo creo —para unir la explicación al problema

—que *Crevillén* ha venido ya; que *Crevillén* ha nacido de la catástrofe y que *Crevillén*, con el aplauso universal, ejercerá en el porvenir la profesión de periodista.

Temo que haya pasado ya el plazo discreto que debe concederse á esta oración mía, semejante por su lenguaje, entreverado de respeto y de libertad, á las antiguas treguas de Toledo y Granada, en las cuales departían contundidos hoscos infanzones y alegres moriscos... He cumplido mi deber y mi propósito; solicito vuestra indulgencia y reconozco vuestra bondad.. Algunas frases más, sin embargo, como última reverencia de la despedida.

Hay que reconstruir la Nación, y sólo puede ser reconstruída por quien la edificó: por la Fe. El siglo XVI, el siglo de nuestro poder y de nuestra lengua, creía en algo. ¡Dichoso siglo para la Monarquía! ¡Dichosa edad que inspiró á Cervantes su discurso de las armas y las letras! ¡Siglo de cosas y hombres extraordinarios! Los hombres se llamaban Hernán Cortés y las cosas conquista de Nueva España. ¡La última campaña del general *No Importa* ha sido vencer á Napoleón; sin embargo, era ya muy viejo: tres siglos antes había de-

rrocado á Motezuma! Pero entonces el derecho divino era también el derecho humano. Los nobles se honraban con que el rey tomase para su placer sus hijas y esposas, y los plebeyos sabían que eran átomos, pero átomos de un sol. Cuando el conquistador de Méjico volvió á España, y pobre y enfermo, acudió al rey y extendió su mano en ademán de súplica... Carlos V preguntó *quién era*. Y, ciertamente, Hernán Cortés ante la Majestad no era nada ni nadie. Entonces el habla era grandiosa, como de héroes; relevada, como broquel de príncipe; afiligranada, como relicario de camarín; guarnecida de piedras y esmaltada como viril de catedral, y complicada y bruñida como el acero de los lazos de las espadas de Milán y Toledo. Entonces sí que el habla tomó y pudo tomar palabras y giros de los reinos y de los ejércitos vencidos, arrojándolos en el crisol imperial; batiendo, con la fusión de extraños vocablos, universal moneda. Y entonces escribió Fray Luis de Granada su prosa llena, ondulatoria; ¡puente de luz que lleva de lo humano á lo divino: camino de astros! ¡Y entonces recitó sus idilios de la paz del alma y del alma de los campos el otro Luis, sufridor y perseguido! ¡Y entonces alzó Herrera su voz de trovador gigante!

Vino el siglo XVII: resquebrajóse el cetro, ladeóse la cruz; pidió consejo la Temeridad y ayuda el Valor, y fué más grande la lira que el poeta, y jerga parduzca el brocado de la prosa! ¡Y aquellos hidalgos que antes hubieran ido á las Universidades y á las secretarías de los embajadores y á las Academias de los poetas y á los estudios de pintor de Italia y Flandes y á guarnecer los castillos del Rey y las plazas... se contentaron con ir á esperar la sopa! ¡Eso sí, ocultaban la escudilla bajo la capa y se retorcían fieramente el bigote, con el aire de antaño!

¡De aquella edad hasta la nuestra, hemos sido río caudaloso que extravía sus aguas y las pierde en charcales!

¡Hay que creer! ¡Pero creer es amar y no se ama dos veces lo mismo! Los ideales del siglo XVI no podrán reñir batallas y ganarlas en el siglo XX! Procuremos desembarazarnos de los dos verdaderos obstáculos tradicionales que nos cierran el camino: la Ignorancia, mujer beoda, que se despereza tendida al sol, y el Orgullo, magnate harapiento, sentado junto á ella en caído pedestal y que se cree grande porque se mide por su sombra!

¡Arriba! La semilla que estaba por nacer ha

brotado ya y ha formado tronco y tendido sus ramas sobre el mundo y bajo ellas los hombres, y sobre ellas las aves, dicen y cantan: ¡Libertad! *¡Arriba!*

Cuanto representa una fuerza, tiene deberes que cumplir en esta obra de regeneración: y la Academia Española es una representación ilustre... Y lo es de algo *que no muere.*

Hemos enterrado, con palas de oro, allá en América, montones de huesos, y hemos dejado allí rasgadas cien páginas de nuestra historia. Pero aunque hemos vuelto, allí estamos: hemos dejado allí el habla de Castilla.

¡Si las escuadras y los ejércitos han terminado en América su misión, no ha terminado—permitidme que antes de sentarme entre vosotros lo diga—no ha terminado la vuestra!

He dicho.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SEÑOR DON JUAN VALERA

Señores:

Con verdadera satisfacción acepté yo el encargo, que cumplo hoy, de contestar al discurso que mi querido amigo D. Isidoro Fernández Flórez había de leer en su entrada en esta Real Academia. Como asiduo y hábil cultivador de las letras españolas, fué elegido por nosotros. Sus cuentos, sus estudios críticos y otra multitud de composiciones breves, donde como refinada quinta esencia aparece el ingenio, bastan á explicar su elección, acreditándola de acertada. Pero todavía la justifica más el éxito dichoso y extraordinario que han tenido los trabajos de nuestro nuevo compañero. Lograr sin el apoyo y sin la protección de los Gobiernos ó de los jefes de los partidos que se suceden en el poder el favor decidido y constante de un público numeroso, y lograrle en dos sucesivas publicaciones periódicas, sin apelar en ninguna de ellas á violencias de lenguaje, á

apasionadas y vehementes censuras y á otros medios conducentes á atraer la atención y á ganar la voluntad del vulgo por medio del escándalo, es prueba clarísima del mérito indiscutible de la persona que consigue tal triunfo. Y no puede negarse que el Sr. D. Isidoro Fernández Flórez, si no le consiguió por sí solo, fué principalísima parte en conseguirle, primero en *El Imparcial* y en *El Liberal* después. Sin duda para fundar y sostener un periódico que agrade ó interese á la gente y que adquiera gran número de lectores y suscriptores, es menester habilidad, hasta cierto punto extraña á toda literatura, habilidad que esta Real Academia no toma en cuenta; pero, por muy habilidoso que sea quien dirija la publicación de un periódico en las artes de administrarle, de confeccionarle materialmente para que agrade y de facilitar por donde quiera su difusión y su adquisición, todavía nada de lo dicho vale á la larga para el crédito del periódico y para conservar y acrecentar la estimación y la autoridad que se le conceden, si esta autoridad y esta estimación no se conceden primero á las personas que en dicho periódico escriben. Y esto es más innegable cuando el periódico es independiente, ó sea cuando no se escribe y se

publica para defender y aupar á determinado personaje político ó á una bandería organizada y regimentada que se vale del periódico como de ariete para derribar al Gobierno que existe, y como de escala ó andamio para encaramarse hasta aquella codiciada altura.

Un periódico de la mencionada clase podrá ser considerado como empresa industrial, pero siempre lo más sustancioso que para llevarla á buen término se fabrique ó se produzca tendrá que ser literario, y la realidad de su mérito se acrisolará mejor cuando el aplauso y el favor del público no se expliquen por el interés extraño á las letras de conseguir inmediatamente la victoria para una bandería.

En el caso de que hablamos, un periódico ya es eco de la opinión, ya es fuerza que la empuja y ya es faro que la dirige, y en cualquiera de estos tres casos tiene mucho valer literario, así porque expresa pensamientos y aspiraciones de una gran colectividad, como por el tino y buena traza con que acierta á expresarlos, á fin de que dicha colectividad los siga, los adopte ó los reconozca por suyos.

Conforme con los antecedentes precitados y

con la índole y natural condición de su talento, es el discurso que el Sr. Fernández Flórez acaba de leer, oído con atención y gusto por cuantos están aquí presentes y aplaudido también por todos. No impide la sobriedad del estilo la rica profusión de imágenes con que el discurso se engalana; la variedad de los puntos que toca no es causa de incoherencia, porque dichos puntos, diestramente enlazados, se encaminan todos al mismo fin; y no hay en el discurso digresiones caprichosas, porque todas concurren á dilucidar mejor la materia de que se trata. Cuanto el Sr. Fernández Flórez ha dicho lo celebro yo por ameno y por ingenioso: no poco de lo que ha dicho lo acepto y afirmo sin la menor discrepancia, como si yo mismo lo hubiera pensado y afirmado; y no faltan tampoco en su discurso sentencias y conceptos más recomendables, en mi sentir, por lo agudos y sutiles que porque se ajusten con la verdad exacta.

Como el asunto es extenso y se presta mucho á discurrir sobre él, ya corroborando unas afirmaciones, ya invalidando ó debilitando el vigor ó limitando la amplitud y transcendencia de otras, no ha de parecer mal que yo conteste de esta manera al Sr. Fernández Flórez, aunque sólo sea para

que, al tratar de lo mismo, no coincida con él de tal suerte que repita lo dicho por él como si yo fuese su eco.

Ser periodista es, sin duda, profesión ú oficio, como ser ingeniero, abogado ó médico. Es evidente, asimismo, que el periodista debe ser literato: un literato de cierta y determinada clase. Pero ¿se infiere de aquí que haya un género de literatura, distinto de los otros, que pueda y deba llamarse género periodístico? Sobre esto es sobre lo que yo no estoy muy seguro, aunque, si me inclino á algo, es á negar que haya tal género. Lo que distingue al periodista de otro cualquier escritor, poco ó nada tiene que ver con la literatura. La distinción que le dá carácter propio es independiente de ella. Se llama periodista el literato que escribe con frecuencia ó de diario ó casi de diario en un pliego ó grande hoja volante, que se estampa periódicamente y se difunde entre el público, á veces por centenares de miles de ejemplares. Cuando se logra que estos centenares de miles de ejemplares sean comprados y leídos, el periodista que dispone de ellos y escribe, dicta ó inspira su contenido, no puede negarse que posee un instrumento poderosísimo para influir en la opinión;

para modificarla ó dirigirla, ya en buen sentido, ya en malo. Nunca el autor de un libro, por extraordinario y dichoso éxito que el libro tenga, influirá inmediatamente en el ánimo de los hombres con la rapidez, extensión y eficacia que el que en un periódico escribe. Tal vez en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos, que son, á mi ver, los países en que más libros se leen y se compran, llegará algún libro de autor eminente ó muy afortunado, á contar por centenares de miles los ejemplares vendidos. Lo que es en España, bien se puede afirmar que, salvo en casos rarísimos y muy excepcionales, nunca pasan de seis mil ó de ocho mil ejemplares de un libro los que llegan á venderse, y esto no de súbito, sino á la larga y después de haber sido el libro anunciado, ensalzado y glorificado por la crítica del periodismo. En cambio, un artículo de periódico se lee, se comenta, se aplaude, y puede influir en los sucesos políticos y sociales de una nación con prontitud pasmosa. La vida del artículo podrá ser efímera, su autor no alcanzará gloria ni nombradía; acaso no la pretenda ni la busque y conserve el anónimo, pero es innegable el poder avasallador de que es capaz un artículo de periódico, y no

cabe comparación entre las conquistas que lentamente puede ir haciendo un libro y las que puede hacer un artículo de periódico en las veinticuatro horas que persiste y circula el número en que ha salido estampado.

Esta y otras muy importantes diferencias se dan entre el libro y el periódico diario, mas no por eso tienen las diferencias nada que ver con la literatura: son extrañas á ella. El libro es un medio de publicidad y el periódico es otro. De ambos medios se vale ó puede valerse el escritor, pero no hay en realidad diferencia literaria entre ambos medios. De una serie de artículos se forma á menudo un libro, y de fragmentos ó pedazos de un libro se hacen á menudo también no pocos artículos de periódicos.

Tan cierto es lo dicho, que no hay arte de escribir y de hablar, donde, entre los diversos géneros de discursos escritos ó hablados, se califique el periodístico como género aparte. Hay poesía y prosa. La poesía es y puede ser lírica, épica y dramática, con no pocas subdivisiones ó especies híbridas, como elegías, sátiras, epístolas y fábulas. La prosa puede ser didáctica ó no didáctica, dirigirse á enseñar, á deleitar ó á la vez á ambos fines;

puede ser narración verdadera ó fingida y llamarse historia, novela ó cuento. En suma, y para no fatigar á nadie, ¿quién desconoce ó ignora los diferentes géneros en que pueden dividirse los escritos, ya por los asuntos de que tratan, ya por la manera con que son tratados los asuntos? ¿Hay entre estos géneros modo de calificar, distinguir y separar de los otros y determinar un género especial que llamemos periodístico? Yo creo que no le hay. Al contrario, cuantos son los tonos, géneros y maneras de escribir caben en el periodismo. Y nada hay que no pueda insertarse con éxito en los periódicos, cuando la inserción es oportuna y atinada. La cuestión está en que venga á cuento ó á pelo lo que se inserta, presuponiendo que no es malo ó tonto, sino que es ameno ó instructivo.

Y no se me arguya con que la brevedad, el laconismo, el arte de decir mucho en pocas palabras es especial condición del estilo periodístico. Obras maestras, dechados de estilo conciso son, por ejemplo, no pocos diálogos y otras obrillas de Leopardi, y yo no sé que al escribirlas pensase él que iba á insertarlas en un periódico. En tiempo de Luciano no consta que los hubiese, y Luciano, no obstante, compuso multitud de obrillas tan

cortas y ligeras, que muchas no llenan más de una página.

La condición de mi espíritu, tan contraria á la clasificación y distinción de géneros, no creo yo que perjudique ni que amengüe el concepto que del periodismo y de los periodistas tengo formado; antes bien, los coloca en un razonable justo medio, no menos distante de la pomposa exageración con que alguien los ensalza, que del feroz aborrecimiento y del fingido menosprecio con que alguien los deprime. La hipérbole encomiástica me ha repugnado siempre, y cuando algo del encomio me ha podido tocar por contarme en la colectividad encomiada, he solido rechazarle con pudorosa modestia. Durante más de cinco años he sido yo periodista, ó sea redactor constante de un periódico diario, que gozó de alguna celebridad en su tiempo. Mas á pesar de esto, jamás he empleado yo, ni he aprobado en otros, el empleo de frases como las siguientes: el cuarto poder, el magisterio ó el sacerdocio de la prensa, su martirologio y su apostolado. En cambio, siempre me ha sorprendido como absurda extravagancia, y he oido ó leido, ya con enojo, ya con risa burlona, los dicterios y anatemas que contra la prensa fulminan no pocos su-

jetos, sobre todo si presumen de aristócratas, de conservadores ó de morigerados y juiciosos. Me atreveré á recordar aquí, á este propósito, que la vez primera que tuve la honra de representar al Gobierno español en los países extranjeros, fué en Francfort, cerca de la Dieta germánica. Era Presidente de la Dieta un nobilísimo conde austriaco, fino, amable, inteligente y dechado, en suma, del buen diplomático chapado á la antigua. Según costumbre, el conde me obsequió con un banquete para celebrar mi venida. Y entre las muchas cosas de que allí se habló, el conde, con verdadero entusiasmo, tuvo á bien poner por las nubes á uno de los que me habían precedido como ministro acreditado cerca de él. Y no fué sólo el conde, sino su mujer también, linda y elegante señora, perteneciente á una antigua é histórica familia francesa, y casi todos los demás convidados, los que le acompañaron é hicieron coro, preconizando al mencionado predecesor mío como raro modelo de discreción, elegancia, afabilidad, cortesía, don de gentes, tino para los negocios, conocimiento de los hombres y de las cosas y buena maña para ganarse la voluntad y el afecto de cuantos le trataban. Lo maravilloso, lo estupendo, lo inaudito para el

conde, y así lo expresó después de hacer tantas alabanzas, y casi todos los allí presentes convinieron con él, era que mi tan encomiado predecesor había sido periodista: había saltado, salto casi inconcebible para aquellos señores, desde la prensa á la diplomacia. Ya se comprende que yo, no sólo por compatriota sino por amigo que era entonces de mi predecesor encomiado, aprobé y aplaudí los elogios, que además me parecían justísimos y merecidos. En lo tocante á la inverosímil anomalía de que el elogiado hubiera sido periodista, no sé si hice mal ó hice bien, pero consideré lo más oportuno no salir allí á la defensa del periodismo, convirtiendo en aula académica de controversias la sala del banquete.

A través del odio reconcentrado y del desprecio más ó menos aparente que en cierta sociedad escogida de esto que se llama la *high life* suele manifestarse contra el periodismo, tal vez por moda, tal vez por manía, se entrevé casi siempre la involuntaria estimación que inspira el talento del buen periodista á los mismos que tan acerbamente le censuran. Así recuerdo yo que allá en mi primera mocedad, en cierta reunión de sujetos muy distinguidos, se pronunciaron contra periódicos y

periodistas los más apasionados discursos, tratándolos como á casta de gente abominable y dañina, cuya es la culpa de cuantos males sobrevienen: de las mudanzas, trastornos y revoluciones y de la perversión moral y política que aflige á los Estados. Uno de los asistentes á la reunión, reconocido por algo simple, con severidad ó con injusticia, á lo que yo entiendo, se creyó en el deber de defender á los periodistas y hasta se dió por ofendido y por injuriado, asegurando que él había sido periodista también. Entonces todos cuantos habían hablado contra los periodistas se deshicieron en escusas y satisfacciones al que con tanto calor los defendía, rogándole que no se enojase, que se aquietase y que no se diese por aludido, porque él nunca había sido periodista en realidad, sino que sólo lo había soñado. De esta suerte, con delicada é involuntaria socarronería, vinieron á declarar implícitamente los detractores del periodismo que para ejercerle se requieren prendas y facultades de entendimiento y de voluntad, que no son muy comunes, y sin las cuales se tiene por increible que alguien escriba en los periódicos, por más que pueda hacer en las tertulias papel no muy desairado.

No hay efecto sin causa. El odio que inspira el periodismo en algunas clases ó agrupaciones de gente, no hemos de negar que tiene algún fundamento, que tal vez nace de ciertos deplorables abusos. El insulto procaz, la calumnia, la injuria, la difamación de la vida privada, penetrando á veces en el seno de las familias para sacar á relucir ante el público con escándalo y vergüenza debilidades, torpezas y pecados, ya imaginarios, ya reales, parecen suficiente motivo para que sea odiosa la prensa periódica. Pero de nada de esto tiene la prensa la culpa; la culpa es de la sociedad que aprueba ó aplaude tales desafueros y que excita y solevanta al periodista para que los cometa. Solo tal vez el calumniado ó el injuriado y sus más íntimos y leales amigos hallan mal la diatriba ó la serie de improperios que contra alguien se dirige. El público los celebra con risa, si aparecen en forma de chistes, ó los mira como censura moralizadora y elocuente, si aparecen en estilo elevado y serio. Si el público no provocase al escritor para cometer tales faltas y si reprobase su conducta cuando las comete en vez de aplaudirla, la prensa periódica sería más moderada y circunspecta. De todos modos, no creo yo que convenga celebrar al

periodista como algo á modo de Caton Censorino, que vela en pró de la virtud y de las buenas costumbres y que delata y fustiga los vicios, ni que convenga tampoco abominar de él como de maldiciente difamador que arroja cieno é inmundicia hasta sobre los rostros más limpios y venerables. Antes de que hubiera periódicos, ora estas delaciones y censuras se miren como útiles, ora se miren como escandalosas y perjudiciales, bien podemos afirmar que se ejercían con no menos eficacia y vehemencia que en nuestros tiempos. No han sido menester periódicos para que queden en la memoria de los hombres, ya sean verdades severas, ya sean mentiras calumniosas, los robos, las tiranías, las dilapidaciones, las torpezas lascivas, el asesinato por medio del puñal ó del veneno, la doblez y el engaño infame, la refinada y espantosa crueldad, y otros crímenes que pudieron cometerse con el mayor sigilo, y que con verdad exacta ó con exageración fueron delatados, ó bien con falsedad fueron atribuídos á príncipes, á reinas, á grandes señores y hasta á emperadores y Pontífices.

El concepto exagerado ó falso que suele formarse de lo que debiera ser la prensa periódica,

motiva multitud de acusaciones, cuando la realidad no responde, como humanamente es natural que no responda, al concepto prévio que se ha formado. De aquí que cuando no exigimos de la prensa periódica sino lo que razonablemente puede exigirse, el fundamento de las acusaciones desaparece. Pongamos algunos casos. Los que se figuran que el periódico ha venido á reemplazar el libro, apoyados en esta base, claman contra el periódico de mil maneras, todas, en mi sentir, injustas. No es cierto, como afirman, que el periódico satisface la curiosidad y el deseo de saber de no pocas personas y consume todo el tiempo que dedican á la lectura, resultando de aquí que quite al libro lectores y compradores. Lo contrario es lo que sucede. El que no lee más que periódicos, si no hubiera periódicos, no leería nada. Y tal vez no pocos sujetos al leer los periódicos se sienten estimulados y deseosos de conocer mejor los asuntos que ligeramente se tocan en ellos. En la mente de estos lectores se despierta ó se aviva el apetito de leer, y por haber leído periódicos, acaban por buscar libros y por leerlos. Para estas personas, los periódicos vienen á ser, y permítaseme la comparación gastronómica, algo semejante

á lo que llaman *sakuska* en los banquetes rusos. En antesala ó sala que precede al comedor, hay en una mesa multitud de entremeses picantes, como anchoas, caviar, salchichón y encurtidos, y hay además varios excelentes licores, entre los que descuella el famoso *kümmel de Riga.* Los convidados, permaneciendo de pie, comen de aquellos manjares y beben una, dos y hasta tres copas, con lo cual, en vez de satisfacer ó matar el apetito, le espolean y le aguzan. Así apercibidos y predispuestos, entran en el comedor, se sientan á la mesa, y ya con las fuerzas digestivas en plena actividad, y con la calma y el reposo convenientes, toman la sopa y los exquisitos, sólidos y suculentos manjares que allí les sirven. Pues bien, *mutatis mutandis*, el que tiene salud y bríos mentales, lee excelentes libros y digiere bien su contenido, ya que los periódicos han sido para su espíritu algo á modo de *sakuska.*

Acusación no menos infundada que la anterior es la de quien lamenta la enorme cantidad de ideas erróneas que los lectores adquieren sobre muchos puntos, en los periódicos superficial ó ligeramente tratados. Se parecen estas acusaciones á las de aquellos que condenan, por ejemplo, las

novelas de Dumas porque infunden en muchos cerebros una historia de Francia, un tanto cuanto fantástica y tal vez algo disparatada, ó condenan las novelas de Julio Verne, porque los incautos aprenden en ellas atrevida geología y poco exacta cosmografía. Pero ni Dumas ni Verne tienen la menor culpa de esto. La culpa es sólo de quien se empeña en aprender en las novelas cosmografía, geología é historia. Y aun así, me atrevo yo á sostener que hasta quien no sabe más historia, ni más cosmografía, ni más geología que las que enseñan los libros de entretenimiento, en vez de perder, sale ganando, y se pule y se ilustra. ¿Qué daño, ni qué mal recibe ó causa el que averigua, pongo por caso, un poco de las cosas ocurridas en Babilonia, al oir las óperas de *Semíramis* y de *Nabuco*, ó de las de Egipto al oir *Aida*, ó de las guerras civiles de Francia al oir los *Hugonotes*? ¿Quién sabe? Quizás la audición de las mencionadas óperas le inspire el deseo de leer á Lenormant, á Ebers, á Duncker, á Rowlison, á Mápero, á Layard, á Varillas y á Enrico Caterino Davila.

No falta quien imagine y crea que esto de escribir con estilo conciso y ligero es invención novísima, y que los antiguos, como gozaban de más

vagar y reposo y no tenían en su vivir la agitación de la época presente, pecaban de difusos y hasta de pesados. Yo, sin embargo, no veo á las claras cuándo empezó á caer en desuso el escribir largo y tendido y á ponerse de moda la decantada ligereza de hoy, ligereza de que se nos presenta como cumplido dechado el estilo francés. Confieso que sobre todos estos puntos estoy muy dudoso, pero propendo á afirmar que en el día de hoy nos extendemos más al escribir que en cualquiera de las edades pasadas. Aun suponiendo que hoy es la vida más activa que antes ó que se vive sin reposo y de priesa, lejos de probar esto que los escritos son más breves, esto probaría, en mi sentir, que los escritos no pueden menos de ser más largos, porque quien escribe á escape, á no ser en raro momento de inspiración feliz, peca siempre de verboso, ya que para encerrar con claridad y orden muchos conceptos en pocas frases se requieren mayor tiempo y trabajo que para escribir difusamente. No lo recuerdo bien, pero creo que es de Talleyrand de quien se cuenta que compuso un despacho muy largo, y como alguien le advirtiese y le censurase de que lo era, Talleyrand dió por escusa que no había tenido tiempo para componerle más corto.

Se dirá que en el día es menester profundizarlo todo, que nada se quede por decir y que todo se sepa. No discuto sobre la causa. Sólo sostengo que el efecto es la extensión ó difusión grandísima de los escritos modernos en comparación de los antiguos. La historia de seis duques de Borgoña, escrita por Barante, tiene más lectura acaso que el conjunto de cuantos historiadores griegos y latinos se conservan aún, por quienes sabemos casi todo lo que se sabe de Grecia, de Roma, de Egipto, de Fenicia y de los demás imperios y naciones de Europa y del centro y occidente del Asia, durante dos mil ó tres mil años. Mayor extensión proporcionalmente tiene la historia de Inglaterra, de Macaulay. Si prescindimos de la introducción, dicha historia es sólo de diez ó doce años, por donde es lícito conjeturar que, si al historiador no le hubiera sorprendido la muerte, su historia hubiera sido tan extensa que, para leerla sin saltar páginas, hubiera sido menester que un hombre consagrase á dicha lectura no pocos años de su vida. Y si las historias verdaderas son hoy tan difusas, no se quedan muy á la zaga las historias fingidas. Indiscutible es el mérito de Walter Scott; pero, ¿quién se atreverá á afirmar que Walter Scott

brilla por lo breve y rápido de sus narraciones? ¿Pues qué diremos de Zola, de quien hoy el público europeo anda tan prendado? Cualquiera de sus más célebres novelas tiene tanta lectura como las ciento del Decameron de Bocaccio.

La verdad es que no es tan nuevo, ni tan propio de los periódicos, ni tan laudable por su brevedad lo que en los periódicos se escribe. Sea ó no sea un escrito para los periódicos, siempre es difícil, cuando no imposible, expresar muchas ideas en breves frases, á no escribir en aquel idioma sintético en que habló el fingido Príncipe turco al Sr. Jourdain de Molière, diciéndole: *Bel men,* que, según la traducción, significa: «Vaya usted de prisa á prepararse para la ceremonia, á fin de ver en seguida á la hija de usted y concertar el casamiento.»

Acusación muy frecuente también es la de aquellos que, para rechazar la censura del periodista, le recusan por su ignorancia. Lo mismo en periódicos, que en cualquier otro papel impreso, pueden escribir y censurar los ignorantes y los instruídos. La censura ó la desaprobación en los periódicos es, además, de dos modos, ambos legítimos, á lo que yo entiendo: uno técnico ó cientí-

fico, donde el censor debe ser persona perita y muy versada en la ciencia, arte ó facultad á que pertenece el negocio, acto ó cosa que censura. Pero hay también otro modo de censurar, que apenas se exige saber, que más que disertación es desahogo, lamento ó queja de la vulgar opinión, cuya legitimidad no se bastardea, aunque poco ó nada se razone. Tremendos y tiránicos serían la prohibición de quejarse de no pocos males y daños, y el deber de callar y sufrirlo todo en silencio, á no ser omniscios los que se quejan. En virtud de semejante dialéctica, no sabiendo nada de zapatería, nada podríamos decir contra el zapatero que nos estropea los pies con un mal calzado; sin haber estudiado bien á Carême y á Gouffé, no podríamos tronar contra la cocinera malvada que nos envenena y nos sisa; sin saber de coro a Vitrubio, no podríamos negarnos con razones á alquilar ó á comprar una casa; y hasta tendríamos que ponernos sin chistar un frac ó una levita que nos hiciese jorobados y deformes, si teóricamente al menos no supiésemos de sastrería.

Perfecto derecho tienen, pues, los periodistas, como le tienen los que no son periodistas, y los periodistas tienen además el deber de quejarse de

los malos servicios públicos. Si de ellos se quejan con razonada competencia, la queja será más eficaz; pero, aunque la razonada competencia les falte, todavía podrá ser la queja útil, justa y conveniente, con tal de que no traspase los límites del comedimiento y la mesura, y con tal de que no se transforme en insulto procaz ó en desvergüenza descarada. Y este derecho de queja, que en el periodista, órgano de la opinión general, es un deber, se hace tanto más imperioso cuanto el oficio, institución ó función sobre que recae, importa más por lo que cuesta y por los males y los bienes que puede acarrear á la república. De aquí que yo, sin poder sustraerme á la dialéctica que tal convicción me impone, crea más sujeto á la censura lo que en el día clama más contra ella y la rechaza, y menos que nada sujeto á la censura lo que más en el día la aguanta y la sufre por acerba y sin fundamento que sea. No es menester haber cursado balística, naútica, poliorcética, castrametación, fortificación, táctica y estrategia, para que nos atrevamos á hablar de aquello que cuesta á la nación enormes sacrificios pecuniarios, de aquello que puede ser causa de la salvación ó de la pérdida de millares de hombres en su ju-

ventud más briosa y florida, y de aquello en que debe fundarse en lo interior, el orden y el sosiego, y en lo exterior, la grandeza de los Estados. No por esto gusto yo de la severidad y de la dureza. Severos y duros fueron en Cartago, y al fin fueron vencidos, mientras que el Senado de Roma, triunfante al fin, daba después de Cannas las gracias á Varron por no haber desesperado de la salud de la patria.

En suma, sobreponiéndome yo á todo interés ó espíritu de clase, hallo laudable ó inevitable que todo ciudadano, periodista ó no, diserte sobre cosas de guerra, aunque sea apasionadamente. En cambio considero, ya ridículo, ya odioso, el furor con que suele ejercerse la crítica literaria, salvo contra las publicaciones que el Estado subvenciona ó costea, ó contra los libros de texto que compra por fuerza el pobre estudiante. ¿Pero qué daño hace á nadie el autor de un libro tonto si no tiene más Mecenas que el público? Con no comprarle ó con no leerle está todo remediado. Y ni el autor mismo se perjudica, sino que tal vez se mejora, ó porque á fuerza de escribir mal, acaba por escribir bien, ó porque si no logra esto, logra dar á su tiempo un empleo inofensivo, en vez de entregarse á deportes pecaminosos.

El mismo periodista, ora sea bueno, ora sea malo, entra en este predicamento de la generalidad de los escritores, por donde me parece que deben ser benévolos é indulgentes con él sus conciudadanos, porque sus candorosas simplezas no hacen daño, y harto castigo tienen en el desdén de quien las lee, y porque sus insolencias, sus audacias y los errores en que incurre y que después propala, más que propios de él, pertenecen á la colectividad de quien es órgano ó instrumento en la prensa. De todos modos, como el escritor, periodista ó no periodista, puede hacer mucho mal ó mucho bien, extraviando á la muchedumbre ó señalándole el buen camino, no es de extrañar, aunque no le sintamos, el ardor con que le defienden unos y le atacan otros.

En cuanto á esta Real Academia, apartada de las luchas políticas y capaz de imparcial rectitud por colocarse en la región serena del arte puro, entiendo yo que recibe con agrado en su seno al buen escritor, sea ó no periodista, considerando el periódico como medio de publicación de toda obra literaria y no como género especial de literatura. Lo que examina y juzga la Academia es el valer del escrito, prescindiendo de su extensión y de la

manera con que está publicado, ya en hojas sueltas, ya desde luego en un libro, ya primero en las hojas sueltas y en el libro más tarde. En el caso presente, reconoce la Real Academia en un periodista lo que en otras ocasiones ha reconocido en el poeta lírico, en el autor dramático, en el orador político, en el novelista ó en alguien dedicado al estudio de esta ó de aquella ciencia: el esmero, el tino, el buen gusto, la inspiración y el arte con que se maneja nuestro hermoso idioma, en la conservación de cuya pureza castiza se emplea esta Real Academia, sin oponerse, sino legitimando el aumento del antiguo heredado caudal con cuanto de lo recientemente adquirido no le afea ni le vicia.